



Con Pepe Cuevas en “El Baquedano”

BORIS LEBUY¹

Existen poetas de los cuales siempre recuerdo el momento exacto en que aparecieron en mi vida. Por ejemplo, la primera vez que supe de Pablo de Rokha. Fue el año 98, en la casa de un amigo del barrio; ahí había un ejemplar de *Los gemidos*

editado por LOM. Novato en lecturas poéticas, el aura de la figura del licantenino, me impresionó. También recuerdo la primera vez que supe de Zurita. No fue su mejor performance, por lo menos, no la más

digna. Siempre que me acerco a una obra de Zurita, me asalta esa mala primera impresión. Existe, sin embargo, otra categoría de poetas, de los que no recuerdo cuándo llegué a ellos o cuándo sus libros llegaron a mí. José Ángel Cuevas, forma parte de esta categoría. Me gustaban los títulos de sus libros y de sus poemas, de una fuerte carga política, muy cercana a la retórica de izquierda, pero no recuerdo el momento exacto en que supe de él. Poco a poco fui entrando en su obra: *Introducción a Santiago, 30 poemas del ex poeta José Ángel Cuevas, Proyecto de país, Poesía de la comisión liquidadora*, entre otras. Recuerdo la primera vez que le hablé, fue este verano en el Centex de Valparaíso, en el lanzamiento de *Poemas bolcheviques*. Con motivo de la realización del Dossier de Alta Tensión,

hace unos meses nos juntamos a almorzar

¹ Candidato a Magister en Literatura Latinoamericana, UAH.

en el Bar Baquedano (la primera entrevista suya que vi, fue precisamente en este bar). Instalados en el bar (El poeta, Gloria y yo), esperando nuestros pedidos, Pepe Cuevas recuerda: “Me gusta este lugar. Acá, en la dictadura nos pegábamos bueeenas jaranas”. La conversación comienza con el recuerdo de su temprana infancia, cuando vivía en Rosas con Morandé, y miraba la calle desde su ventana: “Yo me quedaba mirando mucho rato lo que pasaba en la calle, las personas que pasaban, las casas, el cielo...creo que fueron los primeros contactos con mi interioridad. Yo creo que de ahí viene mi poesía”.

Al relatarnos sus recuerdos, lo hace de una forma muy similar a como están escritos en *Autobiografía de un ex-tremista* o, incluso, es como estar leyendo el testimonio que da sobre el Grupo América en *La memoria: modelo para armar* de Soledad Bianchi. En otro momento de la conversación, nos cuenta cuando a los catorce años, sin avisarle a sus padres, toma un tren en la Estación Mapocho y se va a Valparaíso: “Yo no conocía Valparaíso. Me acuerdo que me bajé del tren, salgo a la Plaza Sotomayor y me dije: esto no es Chile, esto es Europa”. Rememora la imagen de su padre y cómo debía acompañarle, siendo niño aún, por distintas zonas de Santiago a realizar su oficio. Así estuvimos durante el almuerzo, recuerdo tras recuerdo, sin orden cronológico, pasaban hechos históricos, personajes diversos, la militancia, las “jaranas”, los viajes, el Grupo América, el Pedagógico, el golpe, Carlos Droguett, Nicomedes Guzmán, sus poemas. Nos regala muchos de sus libros, pero nos recomienda *Autobiografía de un ex-tremista*. Lo comenzamos a hojear entre todos y nos reímos cuando vemos una foto de Zurita bailando cumbia con Elba Helena en un encuentro de poetas celebrado en Coquimbo en 1996. Luego nos regala otro libro, titulado *El Auschwitz chileno. 1973-*

1990. Ningún libro de historia hablará de nosotros, que realizó en conjunto con Álvaro Monge. Al abrir el texto, nos encontramos con un epígrafe de Patricio Marchant, “él era un tipo muy serio, no pescaba a nadie. A mí me tenía harto cariño...parece que le gustaban mis trabajos. Él escribía súper raro, sus textos son muy complejos”.

Hablamos de la relación de su poesía con la de Bruno Vidal, sobre el testimonio de la derrota que ambos hacen; se queda pensando un momento y dice: “Yo, la verdad, no sé si Vidal se hace o es momio...fíjate que una vez fui a su casa y tenía un retrato de este porte de Manuel Contreras”. También nos habla de Ronald Kay: “Lo conocí cuando estaba en el Centro de Estudios Humanísticos de la Chile. Era un tipo brillante, inteligentísimo. Fuimos buenos amigos”. Mientras tanto, entre remembranzas y tallas, llegábamos al final de nuestro almuerzo, nada de alcohol, aunque el alcohol es un personaje recurrente en los relatos de Don Pepe. En ese momento, el poeta nos pregunta: “¿Quieren que les lea un poema?” Recibe un sí al unísono como respuesta. Toma el libro *Poesía de la banda posmo* y comienza a leer a viva voz el poema “City bar”: “Amigos/¡váyanse a comer al City Bar, será mejor!/ Aunque a veces también es una mugre/ lleno de gente encima/ y se demoran un mundo en servir unos platos hirviendo”. Los tabernarios de las otras mesas nos comienzan a mirar, pensando que Cuevas se estaba quejando de la comida de El Baquedano.

Damos por finalizado el almuerzo y nos despedimos afectuosamente afuera de nuestro lugar de reunión. Pepe Cuevas se va por Ramón Carnicer hacia el sur, lo más probable con destino a la Sociedad de Escritores; nosotros, con dirección a la Alameda.

José Cuevas nos confesó que le preocupa cómo será la vida de su poesía en el futuro. Me lo pregunta. Es difícil saber cómo será juzgada una poesía en los próximos años. Primero debemos imaginar un hipotético futuro. Pero para imaginarnos una sociedad futura, debemos hacerlo desde el pesimismo, no nos queda otra. Pienso que la obra de Cuevas puede ser considerada como el testimonio de la derrota de toda una generación (una nueva generación derrotada en nuestra historia), y de todo un país, en su afán de construir una sociedad diferente. Es

el retrato de la pérdida del compromiso político y colectivo en manos de un individualismo impuesto a la fuerza por la dictadura militar, pero mantenido y sofisticado por los gobiernos timoratos que encabezaron una pactada transición a la democracia, siempre en la medida de lo posible, donde la medida y la posibilidad dependen de los mismos de siempre. La obra de Cuevas plasma la dolorosa transición que vivieron



los chilenos/as, que pasaron de ser sujetos sociales, portadores de un rol protagónico en la transformación del curso de la historia, a simples consumidores sin poder de decisión. El paisaje que soporta esta decadencia social es de carácter urbano, es el margen y el centro del Gran Santiago. Esta urbe es el escenario que acoge una poesía en desplazamiento, en viaje, a pie y en micro, no solo por la ciudad actual, sin mística, sino también por el Santiago de la memoria, el de *Introducción a Santiago*. La poesía de José Ángel Cuevas es el testimonio sobre cómo nos fuimos paulatinamente quedando sin memoria.